



CIUDADANÍA Y VALORES
FUNDACIÓN

El mundo, una década después del 11-S

Francisco J. Ruíz González
Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos
(IEEE)

Septiembre 2011



La Fundación Ciudadanía y Valores como institución independiente, formada por profesionales de diversas áreas y variados planteamientos ideológicos, pretende a través de su actividad crear un ámbito de investigación y diálogo que contribuya a afrontar los problemas de la sociedad desde un marco de cooperación y concordia que ayude positivamente a la mejora de las personas, la convivencia y el progreso social

Las opiniones expresadas en las publicaciones pertenecen a sus autores, no representan el pensamiento corporativo de la Fundación.

Sobre el autor

Francisco J. Ruíz González desempeña su labor profesional como analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE).

Tras graduarse en la Escuela Naval Militar cursó estudios de postgrado en United States Naval War College y en Instituto Universitario Gutiérrez Mellado (IUGM), Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

Pasó ocho años en destinos de embarque, incluyendo el mando del patrullero “Javier Quiroga”; trabajó en la División de Planes, Sección de Planes Orgánicos del Estado Mayor de la Armada (2006-2007) y en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (2007-2009), en la Sección de Planes y Publicaciones de la Secretaría General Técnica.

Ha sido profesor titular (2000-2002) del Departamento de Comunicaciones de la Escuela de Trasmisiones y Electrónica de la Armada (ETEA) y ha publicado numerosos trabajos de índole internacional tales como: *“Rusia y su influencia en la seguridad mundial”*, *“Las Relaciones UE-Rusia, La Asociación Oriental, y el futuro de la OSCE”* o *“El panorama estratégico y el papel de España en la seguridad internacional”*.

El mundo, una década después del 11-S

Francisco J. Ruíz González

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)

La conmemoración del X aniversario de los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha centrado la atención de la comunidad internacional durante la última semana. Las terribles escenas del impacto de los aviones contra las Torres Gemelas se han repetido una y otra vez en los informativos, se ha recordado a las 2.973 víctimas mortales y a sus familias, y se han elaborado múltiples análisis de cómo esos eventos cambiaron el mundo, con especial atención a la evolución de la amenaza que se manifestó con toda su crudeza: el terrorismo de alcance global y de ideología radical islamista.

Sin embargo, el hecho de que este aniversario se haya conmemorado, por primera vez, tras la muerte de Osama Ben Laden a manos de tropas estadounidenses en Pakistán el pasado 2 de mayo, ha llevado a considerar los actos de homenaje como un modo de “pasar página”, una forma de decir al mundo que, aunque los EEUU nunca olvidarán lo sucedido, la lucha contra el terrorismo ya no ocupará más el lugar central de la política del país, ante la constatación de que la obsesiva atención prestada a la misma se ha cobrado un terrible precio, en términos económicos y de vidas humanas, en la década de combates transcurrida desde entonces.

La conclusión, cada vez más, parece ser que los eventos del 11-S, con toda su trascendencia, no alcanza el nivel de otros acontecimientos históricos como la caída del Muro de Berlín en 1989, y que en cierto modo la reacción de los EEUU debilitó su posición de liderazgo global, detrajo gran parte de sus recursos de otras necesidades perentorias (como el hacer frente a la crisis financiera que comenzó en 2007), y además contribuyó a desviar su atención de una serie de tendencias a nivel mundial que cada vez más suponen un desafío para su estatus de única superpotencia. Sin obviar una mención a la evolución del fenómeno terrorista, en este documento se describirán algunas de esas tendencias.

Una década de la Política Exterior y de Seguridad de los Estados Unidos la presidencia de George W. Bush

Es sobradamente conocido que el terrorismo no golpeó los intereses estadounidenses por primera vez en septiembre de 2001: ya los grupos de la llamada “tercera ola”¹ habían llevado a cabo múltiples acciones contra ese país y sus nacionales, en el marco del enfrentamiento entre los bloques comunista y capitalista de la Guerra Fría, como lo hicieron los grupos islamistas en las décadas de los 80 y 90 del pasado siglo XX. Sin embargo, no cabe duda de que el impacto psicológico de las acciones del 11-S estuvo muy por encima del producido por cualquier otra de esas acciones terroristas.

Se puede pensar que eso se debió a la magnitud de los atentados y al número de muertos sin precedentes, pero la causa profunda del citado impacto fue el hecho de que el ataque se produjera en el propio territorio continental de los EEUU. De hecho, el atentado contra el Pentágono representó la primera vez que fuerzas extranjeras atacaban la capital federal desde 1814, año en que los británicos la incendiaron. La protección ofrecida por los Océanos Atlántico y Pacífico, unida a unos vecinos (Canadá y México) que jamás han representado una amenaza, proporcionaban a los estadounidenses una sensación de invulnerabilidad que saltó por los aires el 11-S.

Esa tradición se plasma en una de las tendencias habituales de la política exterior estadounidense, la aislacionista: los EEUU podrían replegarse a la seguridad de sus fronteras, e intervenir en el exterior tan sólo cuando sus intereses vitales estén en juego. Tal tendencia parecía ser la adoptada por el presidente George W. Bush al inicio de su mandato, en el que pretendía centrarse en los asuntos domésticos. Como recientemente recordaba en una entrevista para *National Geographic*, el 11-S le convirtió, de repente y muy a su pesar, en un “*presidente en tiempos de guerra*”.

Algunas pruebas de esa sensación de seguridad era la inexistencia de un Departamento similar a nuestro Ministerio del Interior², el foco hacia el exterior de agencias como la CIA o la NSA, y la falta de coordinación de estas con el FBI³, dependiente del Departamento de Justicia y por lo tanto orientado a la obtención de pruebas para los procesos penales. Para comenzar a solventar esas carencias, en octubre de 2001 se creó el Departamento de Seguridad Nacional (DHS, *Department of Homeland Security*), integrando a 24 Agencias Federales anteriormente dispersas⁴.

¹ Las *cuatro* olas del terrorismo son la asociada al anarquismo, la del fin del colonialismo, la antioccidental durante la Guerra Fría, y la de inspiración religiosa, principalmente islamista.

² Existe en los EEUU un Departamento de Interior, pero se ocupa de cuestiones como la protección de los espacios naturales o de los derechos de los nativos indios.

³ CIA: *Central Intelligence Agency*; NSA: *National Security Agency*; FBI: *Federal Bureau of Investigation*.

⁴ Incluido el Servicio de Guardacostas, la Agencia Federal de Gestión de Emergencias (FEMA), o el Servicio de protección de Aduanas y Fronteras. En la actualidad el DHS dispone de un presupuesto anual de unos 85.000 millones de dólares, emplea a más de 200.000 personas, y se está construyendo su nueva sede en Washington, con un presupuesto de 3.600 millones de dólares.

En lo referente a la descoordinación de los servicios de inteligencia, puesta de relieve en el Informe de la Comisión del 11-S⁵, se creó la figura del Director Nacional de Inteligencia, principal consejero presidencial en esos temas y supervisor del Plan Nacional de Inteligencia. No obstante, el enorme aumento del presupuesto en esta área (un 250%, hasta alcanzar los 75.000 millones de dólares) no ha solventado todas las carencias, y se calcula que el sistema produce 50.000 informes al año, la mayoría de ellos banales, y muchos de los cuales ni siquiera llegan a ser leídos.

En el plano exterior, se comenzó por expulsar del poder en Afganistán a los talibán, por negarse a entregar a Ben Laden, con la operación *Libertad Duradera*. La campaña se basó en una mínima implicación de tropas de los EEUU sobre el terreno (básicamente unidades de operaciones especiales), dejando el peso de la campaña a la oposición local, la llamada *Alianza del Norte*, que con el apoyo aéreo de la Coalición internacional conquistó Kabul el 13 de noviembre de 2001. Sin embargo, la mayoría de los líderes talibán y de Al-Qaeda, incluyendo a Ben Laden, consiguieron burlar el asedio y previsiblemente cruzaron la frontera con Pakistán para refugiarse en zonas seguras.

En lugar de finalizar la tarea en la frontera afgano-pakistaní, el presidente Bush y sus más inmediatos colaboradores desviaron los recursos de la nación hacia una labor cuasi-mesiánica, bajo el manto ideológico del neo-conservadurismo: en enero de 2002, en el discurso del estado de la nación, Bush calificó a Corea del Norte, Irán, Irak del “*eje del mal*” que amenazaba la seguridad mundial, y en septiembre del mismo año se aprobó la Estrategia de Seguridad Nacional, en la que citaba la disposición de los EEUU a realizar cualquier acción unilateral necesaria para preservar su seguridad y conducir la guerra global no oficialmente declarada contra el terrorismo internacional.

Esa mezcla del tradicional *wilsonismo*⁶ y de empleo del poder militar condujo a la invasión de Irak, pobremente justificada con argumentos cuando menos dudosos (como la existencia de armas de destrucción masiva), o abiertamente falsos (como los vínculos de Saddam Hussein con Al-Qaeda) para justificarla⁷. El objetivo real perseguido por los EEUU, aparte de saldar viejas cuentas con el régimen iraquí, era el establecer un régimen democrático en el corazón del mundo árabe, cuyo ejemplo pudiera desencadenar una reacción en cadena en sus vecinos iraníes y sirios, si fuese necesario usando de nuevo la fuerza militar para forzar un cambio de régimen.

⁵ La parte no-clasificada del Informe, principal referencia para entender todo lo que rodeo el 11-S, está disponible en <http://www.9-11commission.gov/report/911Report.pdf>.

⁶ “*Los impulsos personales, los grupos de interés privado y los cálculos políticos originaron un cambio radical de política con importantes implicaciones internacionales justificado posteriormente en público por medio de una retórica de gran dramatismo y extremada demagogia, y aludiendo a unas pruebas más que cuestionables*”. BRZEZINSKI, Zbigniew, *El dilema de los EEUU*, Ediciones Paidós, 2005, pg. 229.

⁷ Por *wilsonismo* se entiende la doctrina del presidente demócrata Woodrow Wilson, partidario de un modelo de seguridad cooperativa en el que los EEUU interviniesen en el exterior en defensa de sus valores, y autor de los 14 puntos que pretendían reconfigurar el orden internacional a la finalización de la I Guerra Mundial.

La desastrosa conducción de la postguerra, con el surgimiento de una fuerte insurgencia local a la que se sumaron *yihadistas* extranjeros integrados en *Al-Qaeda en Irak*, echó por tierra esos planes, además de costar cientos de miles de millones de dólares a las arcas públicas y la vida de más de 4.000 soldados estadounidenses. Además, en la época los EEUU planteaban sus acciones en términos de “o estás conmigo, o contra mí”, alienando por una parte a muchos de sus tradicionales aliados⁸, y permitiendo que otros países, con regímenes políticos de un dudoso pedigrí democrático, se sumaran a la guerra contra el terrorismo para fortalecerse internamente.

El daño causado por la guerra de Irak en términos de prestigio de los EEUU y de su capacidad de influencia, en especial ante la llamada *calle árabe*, por eventos como los de la cárcel de Abu Graib, el centro de detención de Guantánamo, o los vuelos secretos de la CIA, unido a la derrota del Partido Republicano en las legislativas de 2006, motivó un giro en la política exterior y de seguridad de Bush hacia posiciones más propias del realismo tradicional, y el olvido de los postulados neoconservadores y de las aventuras de cambios de régimen y construcción nacional por la fuerza de las armas.

Al Qaeda, hoy

Tras estos diez años, no es aventurado afirmar que Al-Qaeda se encuentra en una situación mucho peor que cuando cometió los atentados del 11-S: su capacidad de actuar en Europa ha disminuido ante la eficacia de las medidas policiales y judiciales adoptadas por la UE, en especial tras los atentados de Madrid (2004) y Londres (2005); las *franquicias* regionales⁹ actúan cada vez más por libre, como lo prueba su creciente vinculación con las redes locales de crimen organizado; y se ha visto privada de su santuario afgano, sin poder operar con la misma facilidad desde las zonas tribales paquistaníes, especialmente por la intensa campaña de asesinatos selectivos de sus líderes llevada a cabo por la CIA empleando vehículos aéreos no-tripulados.

Por si todo ello fuera poco, la muerte de Osama Ben Laden supone un duro golpe para la organización. El terrorista saudí ejercía un férreo control del núcleo principal de militantes, quienes le obedecían ciegamente llamándole “*querido príncipe*”. Su muerte elimina al fundador de Al-Qaeda, su único líder, y quien fijaba los objetivos estratégicos del *yihadismo* global, tareas que pasan ahora a su segundo, Al Zawahiri, cuyo carisma dista mucho de igualar al de Laden. Además, el apoyo popular a la

⁸ “En febrero de 2003, el vicepresidente Cheney se reunió con el embajador francés y le preguntó: “¿Es Francia un aliado o un enemigo?” Él embajador insistió en que Francia era todavía un aliado. “Tenemos muchas razones para concluir que ustedes no son realmente un amigo o aliado”, replicó el vicepresidente.” MANN, James. *Rise of the Vulcans*. Capítulo 21 “Hacia la guerra con Irak”, 355.

⁹ Las principales, Al-Qaeda en Irak (AQI), que vivió su etapa de esplendor en el periodo 2003-2006 bajo liderazgo de Al-Zarqawi, Al-Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), que en 2009 abandonó Arabia Saudita para re-fundarse en el convulso Yemen, o Al-Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), heredera del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) argelino, que opera principalmente en la zona del Sahel, en el norte de África.

organización en la *calle árabe* no ha parado de disminuir, sobre todo porque la inmensa mayoría de sus víctimas esta década han sido musulmanas.

El hecho de que Al-Qaeda no haya sido capaz de cometer otro gran atentado en territorio de los EEUU es una prueba de esa debilidad, como lo es su limitado papel en la llamada *primavera árabe*. Las multitudes que, desafiando la represión, se han alzado contra los dictadores de Túnez, Egipto, Yemen, Siria o Libia, no lo han hecho en demanda del califato fundamentalista islámico que Al-Qaeda persigue, sino pidiendo libertades y el respeto de los derechos más básicos. Sin embargo, en el caos ulterior los islamistas, por lo general bien organizados y con objetivos claros, pueden aspirar a monopolizar las revueltas en su beneficio. Occidente deberá permanecer vigilante ante estos movimientos, y apoyar sin fisuras a las fuerzas reformistas.

El panorama mundial más allá del terrorismo

Al igual que en la época de la Guerra Fría, cuando todo se contemplaba a través del prisma del enfrentamiento entre los dos bloques, en esta última década los EEUU han centrado toda su actuación en la GWOT (*Global War On Terror*), ahora denostada como concepto. Esta semana, coincidiendo con el aniversario del 11-S, se ha producido un profundo debate en medios políticos y periodísticos estadounidenses sobre si la reacción a los atentados fue excesiva, y la posición mayoritaria, que comparto, es que eso fue así. Se añade que esa focalización ha debilitado su posición ante otros desafíos internacionales, algunos de los cuales se citan a continuación.

En primer lugar, esta década ha sido la del ascenso de China, hasta convertirse en julio de 2010 en la segunda potencia económica del mundo en términos de PIB, superando a Japón. Este desarrollo económico se ha visto acompañado de un incremento del gasto militar y de tensiones crecientes tanto en el Estrecho de Formosa (con Taiwán) como en el Mar de la China Meridional (por la delimitación de las aguas territoriales con Vietnam, Filipinas y Malasia). Además, la apertura económica no se ha visto acompañada de un proceso democratizador, y se ha creado una compleja relación simbiótica entre el principal cliente comercial chino (los EEUU) y el principal poseedor de deuda soberana estadounidense (China), potencialmente inestable.

Con China como actor principal, no cabe duda que el centro geopolítico y geoeconómico del mundo se ha desplazado, definitivamente, del Atlántico al Pacífico. En esa área confluyen los intereses de antiguas potencias, como los EEUU y la propia Rusia, con desafíos como el planteado por el programa nuclear norcoreano, la reivindicación japonesa de la soberanía sobre las Kuriles del sur¹⁰, el desafío islamista en Indonesia y Filipinas, o la dictadura militar birmana. En términos económicos, la

¹⁰ Las Kuriles del sur comprenden las islas de Iturup, Kunashir, Shikotan y el grupo de las Habotai. La URSS conquistó estas islas en las postrimerías de la II Guerra Mundial, y desde entonces Japón sigue reclamando su devolución, algo que enturbia las relaciones entre ambos países.

región ha mostrado una gran capacidad de recuperación de la crisis mundial, y su vuelta al crecimiento ha sido más rápida y fuerte que la de Occidente¹¹.

Mención especial merece la India, calificada por Joseph Nye de *potencia prematura*. Este país de más de 1.200 millones de habitantes ha crecido enormemente en la última década, pero sigue teniendo una renta *per capita* bajísima (apenas 1.100\$) y el mayor número de pobres del mundo. A pesar de ello, las élites hindúes juegan el papel de gran potencia emergente, y en ocasiones desafían abiertamente iniciativas globales como las de limitación de los efectos del cambio climático o de control de la proliferación nuclear¹². Los EEUU han potenciado la relación con la India en la última década, ya que ven en ese país un aliado natural para frenar la expansión de China.

Otro problema añadido para la India es el sempiterno conflicto con Pakistán en torno a Cachemira, cuya influencia tiene ramificaciones en los intentos de la comunidad internacional por pacificar Afganistán, lo que a su vez desestabiliza a las vecinas repúblicas centroasiáticas (en especial Tayikistán), resultantes de la desaparición de la URSS. Todo ello en el marco de un enfrentamiento entre etnias y religiones¹³ que han llevado a calificar a Pakistán, que también dispone de armamento nuclear, como el país más peligroso del mundo.

El panorama en Asia se completa con un Oriente Próximo en permanente conflicto. Aunque la situación en Irak permanece relativamente estable, continúa el conflicto de Turquía con los kurdos en el sureste del país, el desafío del programa nuclear iraní, el apoyo del régimen de los ayatolas a los movimientos radicales de Hizbullah (Líbano) y Hamas (Franja de Gaza), los enfrentamientos entre chiíes y suníes, la inestable paz de Israel con sus vecinos, y la intención de la Autoridad Nacional Palestina de proclamar unilateralmente el Estado palestino en la Asamblea General de la ONU.

Por si todo ello fuera poco, el mundo se ha sorprendido ante las revueltas populares denominadas como la *primavera árabe*, que han barrido el norte de África y el Oriente Próximo acabando con los regímenes tunecino, egipcio y libio, tienen contra las cuerdas a los dictadores de Yemen y Siria, y han provocado la reacción unánime de las monarquías absolutas del Golfo Pérsico para frenar movimientos similares en Bahréin. Aparte de las ya citadas posibles consecuencias para la lucha contra el terrorismo internacional, no se puede obviar la importancia de la región en términos de seguridad energética, al ser el origen de gran parte del petróleo y el gas que Occidente necesita para mantener su actividad industrial y el bienestar de sus poblaciones.

¹¹ En 2010, según datos del Banco Mundial, mientras los países más ricos crecieron sólo un 2'8%, los llamados emergentes crecieron una media del 7%, siendo el de China un 10%, la India un 9'5%, Iberoamérica un 5'7% y el África subsahariana un 4'7%.

¹² La India no es firmante del Tratado de No-Proliferación nuclear (TNP), y fue el primer país no-miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU en dotarse con ese tipo de armamento, en 1998.

¹³ Las etnias mayoritarias pakistaníes, los punyabíes y los sindhis, se extienden indistintamente a ambos lados de la frontera con la India, país que alberga unos 160 millones de musulmanes. Otras etnias minoritarias son los baluches del suroeste, también presentes en el este de Irán, o los pastunes en las zonas tribales del norte, emparentados con la etnia mayoritaria afgana y cuna del radicalismo talibán.

Por lo demás, el resto del mundo ha contemplado el repunte de otras amenazas para la seguridad internacional. Por ejemplo, el crimen organizado se está manifestando con especial crudeza en México, donde la guerra contra el narcotráfico deja unos 10.000 muertos anuales; crece el número de estados débiles o incluso fallidos, incapaces de proporcionar servicios a sus poblaciones o de ejercer el monopolio de la violencia, siendo el paradigma Somalia y el problema de la piratería en aguas del Índico; continúan los conflictos regionales de base étnica, religiosa, o de lucha por los recursos, como ocurre en la República Democrática del Congo o en Sudán, cuya región sur se acaba de independizar.

Además, la adopción de un modelo más amplio de seguridad ha llevado a considerar riesgos para la seguridad otras cuestiones como la pobreza, las pandemias, las tensiones demográficas, que se manifiestan, por ejemplo, en los movimientos migratorios incontrolados hacia los EEUU y Europa. Todo ello pone de relieve la importancia de los actores no-estatales, como las ONG, y de conceptos como el enfoque global de resolución de las crisis o el de las 3 D's, uso integrado de la Diplomacia, la Defensa y el Desarrollo, ya que el instrumento militar en solitario no puede dar respuesta a las nuevas necesidades de seguridad, en especial en un mundo conformado por el fenómeno de la globalización en el que las nuevas tecnologías han abatido las fronteras tradicionales, y en el que desarrollos como las redes sociales en internet están configurando un nuevo ámbito de las relaciones internacionales.

La presidencia Obama: ¿cambio o continuidad en el orden mundial?

Para finalizar, es conveniente volver la vista hacia cómo Occidente está afrontando todos estos retos en el nuevo panorama internacional. Comenzando por los EEUU, la presidencia de Barack H. Obama ha supuesto, sin duda alguna, un vuelco de su visión del mundo y de su política exterior y de seguridad, ante la compleja herencia dejada por Bush en este ámbito. De entrada, Obama ha focalizado la acción militar en el exterior a la persecución de los líderes de Al-Qaeda, mediante asesinatos selectivos en la zona fronteriza paquistan-afgana ejecutados con *drones* aéreos controlados por la CIA, y la localización y muerte del propio Ben Laden en Abbotabad.

En paralelo, se ha desarrollado una nueva estrategia para Afganistán, más orientada a la lucha contra Al-Qaeda, en lugar de en una tarea de "*Nation building*", buscando para ello incluso el llegar a acuerdos de paz con las facciones talibán menos radicales, y se ha reforzado la comunicación estratégica de los EEUU ante el mundo musulmán, afirmado por activa y por pasiva que los estadounidenses no están en guerra con el Islam, sino sólo con los radicales que hacen una interpretación sesgada del mismo para justificar la violencia.

En todo caso, las políticas estadounidenses se han visto extraordinariamente condicionadas por la magnitud de la crisis financiera iniciada en 2007, cuyas consecuencias aún hoy en día continúan presentes. Esto ha hecho evolucionar la

política exterior y de seguridad de Obama desde un modelo de seguridad cooperativa, con el fortalecimiento de las alianzas y la colaboración constructiva con otros centros de poder del Siglo XXI¹⁴, hacia un cierto repliegue estratégico y una tendencia hacia el aislacionismo, como un modo de focalizarse en los graves problemas estructurales internos del país tras una década de fuerte implicación en el exterior¹⁵.

Tanto en una como en otra tendencia, parecía llegado el momento en que la Unión Europea asumiera un papel como actor global en consonancia con su enorme potencial, sustentado en una población de 500 millones de personas, un 22% del PIB mundial, el 30% del total de ayuda al desarrollo, y unas fuerzas armadas con 2.000.000 millones de efectivos y un presupuesto global de unos 200.000 millones de dólares. Además, la entrada en vigor del Tratado de Lisboa el 1 de diciembre de 2009 dotaba a la UE de nuevas herramientas, como el aumento de las competencias del Alto Representante PESC, el nuevo Servicio Europeo de Acción Exterior, las cláusulas de solidaridad y de defensa mutua, o las cooperaciones reforzadas y estructuradas permanentes en el ámbito de la ya Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD).

Sin embargo, la evolución de la acción exterior de la UE ha sido cuando menos decepcionante, como se puso de manifiesto en el bajo perfil adoptado ante las revueltas árabes¹⁶. La Baronesa Ashton ha sido muy criticada por su tarea como Alta Representante, pero el problema es mucho más de fondo y por tanto más difícil de solucionar, y se debe a las divergencias en los principios estratégicos:

- Francia dispone de las capacidades militares y de la voluntad de usarlas en el marco de las PCSD, está dispuesta a asumir un papel de liderazgo, y se ha reintegrado en la estructura militar de la OTAN.
- El Reino Unido también dispone de las capacidades, pero prefiere el marco OTAN o el bilateral con Francia¹⁷, y ha vetado iniciativas tan necesarias como la constitución de un Cuartel General operacional de la UE.

¹⁴ Un ejemplo del cambio de rumbo ha sido la “puesta a cero” de las relaciones con la Federación Rusa, que ha incluido la firma de un nuevo Tratado START de limitación de armamento nuclear (START). Como se afirma en la Estrategia de Seguridad Nacional de los EEUU de mayo de 2010 “...ninguna nación puede afrontar los retos del siglo XXI por sí misma, ni tampoco imponer sus soluciones al mundo. Es por ello que América busca un sistema internacional que permita a las naciones perseguir sus objetivos pacíficamente...”.

¹⁵ El mejor ejemplo de esta tendencia es el papel secundario que los EEUU se han auto asignado en la resolución de la crisis libia, en la que han preferido que Francia y el Reino Unido asuman el liderazgo.

¹⁶ Tras el comienzo de las operaciones militares contra el régimen de Gadafi el 19 de marzo, y la asunción del mando de la operación por la OTAN el 27 de ese mes, la Unión aprobó el 1 de abril el lanzamiento, si así lo solicitase la ONU, de una operación militar bautizada como *EUFOR Libia*, con el objetivo de proporcionar ayuda humanitaria a la población. El martes 12 de abril se aprobó el *Concepto Operativo* de la operación, que sería dirigida por un almirante italiano desde el Cuartel General de Roma, pero la oferta finalmente no fue aceptada por Naciones Unidas.

¹⁷ El presidente francés Sarkozy y el premier británico Cameron suscribieron el 2 de noviembre de 2010 un acuerdo, fuera del marco de la UE, que incluye la colaboración en relación al armamento nuclear, y el explorar las posibilidades en el uso compartido de capacidades, equipos y servicios de apoyo.

- Alemania entiende a la UE como una potencia sobre todo civil, y es muy reacia al empleo de la fuerza militar, como lo prueba su abstención en el Consejo de Seguridad de la ONU en la votación de la Resolución 1973 sobre Libia.
- Los países ex comunistas del centro y del este han trasladado al ámbito común su percepción particular de la seguridad, que implica considerar a Rusia como una amenaza, algo rechazado por los occidentales.

Todo ello, además, condicionado por la crisis de la deuda soberana de los países periféricos, de una gravedad tal que ha parecido concentrar toda la atención de la UE. Los ajustes presupuestarios están afectando de un modo muy especial, como siempre ocurre, a un esfuerzo de defensa ya en origen muy inferior al de los EEUU, agrandando la brecha de capacidades y fomentando el desinterés de ese país hacia Europa.

Por lo que respecta a España, y desde su posición de potencia media a nivel europeo, en la recién aprobada Estrategia Española de Seguridad¹⁸ se afirma que *“La defensa de nuestros intereses y de nuestra seguridad se incrementa desde dentro de una UE que refuerce su influencia en el mundo”*, a lo que se añade que *“Los recortes en los presupuestos de Defensa de los Estados miembros deben ser aprovechados para impulsar la integración en este campo. Se puede gastar menos y a la vez gastar mejor si se hace a escala europea”*. Esa integración se materializaría en el desarrollo conjunto de programas, bajo coordinación de la Agencia Europea de Defensa, y en la puesta en común de determinadas capacidades, el denominado *“pooling”*.

Esa postura, compartida por otros países como Polonia, Suecia, Italia o Bélgica, parece la vía más realista de evitar que Europa se encamine irremisiblemente a la irrelevancia estratégica, una posibilidad de la que alertaba el secretario de defensa estadounidense Robert Gates el pasado junio en Bruselas¹⁹.

¹⁸ Disponible en

http://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Nacional/EstrategiaEspanolaSeguridad_junio2011.pdf.

¹⁹ Discurso de Robert Gates sobre el futuro de la OTAN en la SDA de Bruselas, texto completo disponible en <http://www.acus.org/print/41955>.